dológicas, por lo que la reflexión sobre la ciencia política se limitó al destino de los propios politólogos. Posteriormente su derrota y desilusión como políticos les haría preocuparse otra vez de la ciencia política como científicos sociales.

Laurence Whitehead, del Nuffield College de Oxford escribe acerca de la historia económica mexicana desde la revolución hasta nuestros días. Se preocupa de la incidencia de los tecnócratas en el desarrollo mexicano. También describe los distintos modelos económicos emprendidos por los sucesivos gobiernos a lo largo del siglo y compara el sistema mexicano con otros del área Latinoamericana. Sostiene la necesidad de proceder a la democratización de los conocimientos económicos básicos y a la responsabilidad más allá del ciclo predecible de austeridad presidencial.

La aportación intelectual y práctica de la ciencia económica europea a México es el tema del ensayo de Víctor L. Urquidi, del Colegio de México. Sostiene que la solución a los problemas de la economía mexicana no puede proceder de fuera, pues los economistas europeos están demasiado ligados al eurocentrismo. Aunque reconoce que México tal vez no pueda tampoco evitar la influencia de los economistas norteamericanos; apunta a la posible incidencia de las futuras ideas innovadoras que puedan surgir en el seno de economistas mexicanos armonizados con la problemática futura del país.

Enrique Cárdenas, de la Universidad de las Américas en Puebla, con un tono más distendido, estudia el problema de la deuda, de la efectividad de la política económica, del federalismo económico-fiscal, de la política y la transformación industrial, concluyendo con la migración internacional. Destaca como la política y la economía están muy entrelazadas en México, de forma que muchas veces la una mueve a la otra. Ello le conduce a exponer la necesidad de impulsar todos los medios de discusión abierta, a alto nivel, sobre la problemática económica.

Marcello Carmagnani, director del Centro Interuniversitario di Storia dell'America Latina nos aporta algunas consideraciones a modo de conclusión final. Destaca la importancia de la transmisión de ideas, así como su diversificación y multiplicación.

En resumen, el debate sostenido en Italia, transparenta un esfuerzo de los especialistas mexicanos por impulsar desde su perspectiva el progreso de la propia cultura y las dificultades del diálogo con el exterior que ese intento conlleva.

M.R. Cuesta

Johan Leuridan Huys, *José de Acosta y el origen de la idea de misión. Perú, siglo XVI*, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas y Universidad San Martín de Porres, Cuzco 1997, 123 p.

El libro, breve y básicamente interpretativo, nos ubica en el tiempo y la obra de José de Acosta (1539-1600), jesuita español, provincial de la Compañía en el Perú, teólogo, cosmógrafo, historiador, diplomático, político, etnólogo y autor, entre otros escritos, de los libros «De Procuranda Indorum Salute» e «Historia Natural y Moral de las Indias». Destaca el Autor el papel que jugó Acosta y la enorme influencia de este personaje en el turbulento periodo de las reformas del Virrey Francisco de Toledo (1569-1581), primordial en la evangelización en los Andes. El dominico Leuridán es profesor de la Universidad San Martín de Porres de Lima, teólogo que incursiona, en este caso, en el campo de la historia.

A través del estudio de las actividades de Jose de Acosta en el Tercer Concilio Limense (1582-83) y del «De Procuranda Indorum Salute», el autor del presente libro pretende determinar los objetivos evangelizadores del jesuita. Acosta, partiendo de los grandes principios de reflexión teológica los transforma en práctica misionera y pastoral adecuada; intentando comprender su significado en relación a los esfuerzos evangelizadores precedentes y lo que ellos aportan de novedad y visión futura.

Editado por el Centro Las Casas, el texto se convierte en lectura imprescindible para quienes desean indagar en torno a las ideas y vida de este jesuita, clave del Perú del siglo XVI.

F. Armas Asín

Luis Carlos MANTILLA R., *Desolación y fidelidad. Los franciscanos en Santa Marta (1597-1997)*, W. Taller Edit., Santafé de Bogotá 1997, 161 p.

El franciscano Luis Carlos Mantilla, profesor de Historia de la Iglesia de la Universidad de San Buenaventura, de Bogotá, y autor de *Los Franciscanos en Colombia (1550-1700)*, obra en dos volúmenes publicada en 1984, y de la *Historia de la Arquidiócesis de Bogotá. Su itinerario evangelizador 1564-1993)* (cfr. AHIg 6 [1997] 591-592), afronta en esta publicación conmemorativa de los cuatrocientos años de la llegada de los franciscanos a Santa Marta, de los cincuenta años de la vuelta a la ciudad de los minoritas y de los inicios del Colegio San Luis Beltrán, la historia de las vicisitudes de la comunidad franciscana de aquella ciudad costeña colombiana.

El 6 de agosto de 1821 fueron cerradas las puertas del convento de San Francisco de la ciudad colombiana de Santa Marta, después de 224 años de existencia. A ello obligó una ley del Congreso Constituyente de Cúcuta que ordenaba la supresión de todos los conventos de religiosos que tuvieran menos de ocho sacerdotes. En 1947, volvían al convento un pequeño grupo de minoritas de la Provincia franciscana a la que habían pertenecido los primitivos frailes.

El Dr. Mantilla estructura el contenido de su historia en dos partes. En la primera sigue la labor de los franciscanos en Santa Marta desde los precedentes y la expedición fundadora de siete franciscanos, encabezados por fray Francisco Ortíz de Oquendo, llegados al puerto el 22 de julio de 1597. El convento de San Francisco que establecieron sufriría en el siglo XVII las consecuencias de los ataques de piratas holandeses e ingleses que desembarcaron en el puerto. Un capítulo traza el trabajo de franciscanos en las doctrinas de indios de Masinga y Mamatoco, a partir de los años 30 del siglo XVII, en donde los frailes emprendieron la defensa de los naturales frente a los abusos de encomenderos; y la atención que dispensaron a los negros cimarrones en la doctrina de San Antonio de Guachaca, a comienzos del XVIII.

Los capítulos sucesivos siguen la historia del convento y de la labor pastoral que realizaban los frailes en su iglesia; historia los últimos cuatro obispos franciscanos del siglo XIX (Diego Santamaría Ceballos, Miguel Sánchez Cerrudo, Manuel Redondo y Gómez, y el criollo Antonio Gómez Polanco, que vivió el momento de la Independencia y animó a su grey a seguir al nuevo gobierno republicano); y ofrece la historiografía franciscana de Santa Marta, en un capítulo en el que da noticias de las obras de fray Pedro Aguado y fray Pedro Simón, peninsular el primero y neogranadino el segundo, cronistas de la conquista y colonización de Santa Marta, y de los naturales que la poblaban.

La segunda parte se inicia con el relato de la exclaustración, que se prolongó durante veinte años (1861-1881), a la que siguió un renacer en medio de dificultades y carencias, hasta la unión en 1900 del Colegio de Misiones de Cali a la provincia de Santafé, medida que permitió un notable incremento de la labor en las primeras décadas del siglo XX, como manifiestan las fundaciones de conventos que el autor recoge. En Santa Marta la iniciativa de la nueva fundación franciscana partió del obispo Mons. Bernardo Botero, que, en 1945, escribió a fray Antonio Iglesias, delegado general de la Orden para la América meridional, pidiendo el regreso de los minoritas. Mantilla estudia la figura de los nuevos fundadores y las bases jurídicas de la fundación; sigue de cerca la labor realizada y la idiosincrasia de cada uno de los frailes, a través de la correspondencia que ha podido consultar.